

Recordar el 15M para reimaginar el presente. Los movimientos sociales en España más allá del ciclo electoral de 2015

Alberto Arribas Lozano

En una entrevista publicada a finales de 2014, la cineasta chilena Cecilia Barriga conversaba sobre su película “Tres instantes, un grito”, realizada a partir de las movilizaciones vividas en 2011 en Madrid, Nueva York y Santiago de Chile¹. Al reflexionar sobre lo sucedido en los últimos meses en el contexto del estado español, donde el eje se ha desplazado claramente desde las políticas de movimiento hacia el campo electoral e institucional, afirmaba con cierta ironía que “el 15M no va a convenir recordarlo, porque es el momento en que decimos que no nos creemos el poder”. En ningún caso restaba importancia a fenómenos como ‘Podemos’, o a las distintas iniciativas de reinención del municipalismo que han surgido en la geografía peninsular, pero subrayaba el papel de su documental como *dispositivo de memoria activa*, e insistía en que “recordar el 15M no es nada nostálgico, sino algo muy práctico”.

Esa es la idea sobre la que se asienta este texto, un aporte para la discusión en un año marcado por las diferentes contiendas electorales a nivel municipal, autonómico y estatal. Mi objetivo es reflexionar sobre el papel de los movimientos sociales en este contexto a partir del recuerdo de las manifestaciones celebradas el 15 de mayo de 2011, y de lo sucedido durante las semanas posteriores –lo que denomino como el acontecimiento/movimiento 15M; no se trata, sin embargo, de evaluar el 15M a posteriori, sino del intento de sumergirnos de nuevo en aquellos meses singulares para repensar desde ahí las posibilidades del presente.

Pero para llevar a cabo esta tarea es fundamental, primero, traer a la memoria la situación en la que estábamos antes de esa fecha, la sensación de parálisis –el impasse– que poco a poco fue imponiéndose con el despliegue de la crisis económica, política e institucional a partir del 2008. Durante los años siguientes, el impasse afectó intensamente a las prácticas de los movimientos sociales, bloqueando las opciones de construir respuestas colectivas ‘desde abajo’ que estuvieran a la altura de la situación, que fueran capaces de enfrentar y revertir los sucesivos recortes de welfare y derechos. La sensación generalizada era de dispersión y estancamiento, un bucle de inquietud y malestar en el que la pregunta ‘¿cómo es posible que con todo lo que está pasando, no pase nada?’, circulaba entre el asombro y la impotencia, entre la perplejidad y la rabia. Era un tiempo trabado, marcado por la aparente imposibilidad de abrir escenarios de acción colectiva; ni los conceptos ni las herramientas disponibles parecían funcionar más, y crecía la urgencia por

¹ Ver la entrevista completa en: http://www.eldiario.es/interferencias/cine-politica-15M-Cecilia_Barriga_6_336726339.html [consultado en abril de 2015].

reinventar *otra política* que permitiera combatir la creciente precarización de nuestras vidas.

En esa temporalidad *en suspenso*, en ese contexto del impasse, las movilizaciones de la primavera de 2011 aparecieron como una discontinuidad inesperada y sorprendente, una interrupción radical de la normalidad que abría nuevas posibilidades para el pensamiento y la acción.



Imagen 1. Fotografía tomada en Acampada Sol, Madrid, en junio de 2011. Fuente: propia.

1. Nociones para (re)pensar el 15M

“Que lo irrepresentable exista y forme comunidad sin presupuestos ni condiciones de pertenencia, tal es precisamente la amenaza con la que el Estado no está dispuesto a transigir”.

Medios sin fin. Notas sobre la política - Giorgio Agamben

La secuencia de la gestación del 15M es bien conocida. A principios de 2011, personas de muy diversas procedencias, actuando a título individual o como integrantes de diferentes colectivos, comenzaron a intercambiar en las redes sociales inquietudes y propuestas en relación con la crisis política y económica. Desde estos foros se constituyó en febrero del mismo año la “Plataforma de coordinación de grupos pro-movilización ciudadana”, que daría paso a la

elaboración de un manifiesto de reivindicaciones básicas² y a la creación de Democracia Real Ya!, dispositivo desde el que se lanzaría la convocatoria para celebrar una manifestación descentralizada a nivel de todo el país el día 15 de mayo, una semana antes de las elecciones municipales.

En esos meses iniciales el papel de las redes sociales resultó central, es ahí donde la iniciativa fue tomando forma. El domingo 15 de mayo de 2011 la propuesta ponía en conexión el espacio virtual con la presencia física en el espacio público, se hacía cuerpo, y tomaba las calles de más de cincuenta ciudades y pueblos. Recuerdo aquella tarde con nitidez; no había participado en la organización, era un mero asistente a la manifestación, y tampoco tenía mucha confianza en lo que pudiera suceder. Y sin embargo, la sensación al caminar hacia el punto de inicio del recorrido era la de que aquello *no era lo de siempre*, estaba pasando algo diferente, la calle tenía una vibración particular³. Más adelante retomaré esta idea, pero ahora quiero avanzar en el relato recordando lo que pasó en la manifestación de Madrid. Allí, y tras algunas cargas policiales al final del recorrido, un grupo de gente (sin ni tan siquiera conocerse todos y todas entre sí) decidieron de manera improvisada quedarse a dormir –montar un campamento- en pleno centro de la ciudad, en la Puerta del Sol, y ese gesto fue el detonador de todo lo que vendría después. La noticia empezó a circular por las redes sociales y el boca a boca, y a lo largo del día siguiente se fueron sumando más y más personas a la plaza; de nuevo la potencia de la interacción entre las herramientas tecno-políticas y los cuerpos, el círculo virtuoso de la red a la calle y de la calle a la red. La madrugada del lunes 16 al martes 17 la policía desalojó Sol violentamente, y como respuesta inmediata y espontánea ese mismo martes las acampadas comenzarían a multiplicarse en las plazas de decenas de ciudades y pueblos.

De manera tan sorprendente como impredecible el impasse quedaba desbordado por ese gesto, se había cruzado un umbral indeterminado que nos situaba en un escenario totalmente diferente. ‘El futuro ya no es lo que era’, decían los carteles en las plazas. La imposición paralizante del ‘esto es lo que hay’ se desestabilizaba, se le rompían las costuras, y entre la incredulidad y el entusiasmo habitábamos de repente un espacio y una temporalidad distintas. El filósofo francés Alain Badiou hablaba en ese mismo mes de mayo de una *intensificación subjetiva general*, una “radicalización de los enunciados, de las tomas de partido y de las formas de acción” que iba ligada “al sentimiento de que ha habido una modificación brutal de la relación entre lo posible y lo imposible” (Badiou 2011). Se pusieron en el centro de las plazas y las conversaciones preguntas que no estaban dadas de antemano; el grito colectivo era simultáneamente destituyente y constituyente: un grito de hartazgo y rabia, y a la vez, del anhelo de una vida –propia y común- que *es otra cosa*: “si el

² Ver: <http://www.democraciarealya.es/documento-transversal/> [consultado en abril de 2015].

³ Asistí a la manifestación en Granada, donde vivía. En 2011 y 2012 viajé repetidamente entre Madrid, Zaragoza, Sevilla, Iruña, Barcelona, Terrassa y Málaga para desarrollar el trabajo de campo de una investigación que estaba realizando en ese momento. Las reflexiones que componen este texto nacen a partir de las conversaciones con activistas de dichas ciudades.

mundo dice: «esto es lo que hay», hay un nosotros que responde: «la vida no puede ser sólo eso» (Garcés 2006, 1). Y sin embargo, es importante enfatizar que todo lo sucedido podría no haber tenido lugar. Un acontecimiento no puede provocarse, su acontecer es inexplicable; en esos días del 15 al 17 de mayo se disparó algo que ni se podía prever ni se puede replicar, la secuencia de los hechos podría haber sido la misma y que no hubiera pasado nada, o pasar de modo diferente, producirse sin llegar a tomar la consistencia necesaria. Cuando Maurizio Lazzarato empleaba los sucesos de Seattle –las protestas que supondrían la irrupción a gran escala del movimiento global en 1999- como punto de partida para reflexionar sobre el carácter del acontecimiento, señalaba algunas ideas que nos pueden ayudar a orientarnos en relación al 15M. Planteaba, en primer lugar, que un acontecimiento crea *un nuevo campo de lo posible* que no existía antes, que llega con él, que emerge al interior de esa discontinuidad y hace aparecer *nuevas posibilidades de vida* que no están dadas sino que deben ser producidas: “ha surgido la posibilidad de otro mundo, pero permanece como tarea a cumplir” (Lazzarato 2006, 35). Y esa *tarea a cumplir* exige la *invención* de dispositivos concretos, prácticas y espacios de colaboración entre múltiples actores, dimensiones y escalas, que puedan dar forma y contenido a esas nuevas posibilidades de vida. Cada afirmación que sostiene un acontecimiento –como serían en el caso del 15M los lemas ‘democracia real ya’ o ‘no nos representan’- es en realidad una pregunta abierta, que solo puede responderse al interior de ese *nuevo campo de lo posible* que el propio acontecimiento inaugura.

2. Una fecha, cuatro imágenes

Los carteles que convocaban a la manifestación del 15M eran bastante sencillos. En una de sus versiones más conocidas aparecía tan solo la fecha de la movilización [15.05.11] junto a los lemas: ‘democracia real ya’, ‘no somos mercancías en manos de políticos y banqueros’, y ‘toma la calle’. Tres ideas fuerza que remitían a dos planos de acción diferenciados: las dos primeras expresaban un conflicto ‘entre los de arriba y los de abajo’, se movían en un plano destituyente, y reflejaban el rechazo a las múltiples limitaciones de una democracia de baja intensidad, y a los impactos de la economía neoliberal y las políticas de austeridad; mientras que la tercera era, fundamentalmente, una invitación al encuentro que operaba en clave constituyente, y que proponía redefinir colectivamente las maneras de vivir en común.

Así, ‘democracia real ya’, al igual que ‘no nos representan’ o ‘lo llaman democracia y no lo es’, hacían referencia al hartazgo ante el modelo de democracia de perfil bajo nacido de la arquitectura institucional de la transición, en la que el campo político quedaba prácticamente monopolizado por los partidos y sindicatos mayoritarios, unas élites cerradas, opacas, escasamente permeables a las demandas de la ciudadanía y preocupadas en primera instancia por asegurar su propia reproducción, y que por consiguiente limitaban el desarrollo de otros canales, actores y formas de expresión y participación política sustantiva. El complejo juego de equilibrios de la

transición había convertido en hegemónica una narrativa que expropiaba a la gente su derecho y su capacidad para definir cuáles eran las preguntas y los problemas relevantes, y discutir sus soluciones; el campo de *lo posible* aparecía claramente restringido, los consensos alcanzados entre las élites políticas, económicas y mediáticas delimitaban tanto aquello de lo que se podía discutir como los términos de la discusión. Así, la frase ‘democracia real ya’ devenía “un grito de asco contra este mundo, y a la vez, un grito lleno de vida que tapa la boca a todos los políticos, que interrumpe su monólogo, que les hunde como farsantes” (López Petit 2011).

Por otro lado, ‘no somos mercancías en manos de políticos y banqueros’ tomaba sentido en un contexto en el que iban a ser los mismos actores que tomaron las decisiones que llevaron a la explosión de la crisis, quienes implementaran ahora las medidas para salir de la misma; una salida marcadamente neoliberal que se va a hacer a costa del aumento de las desigualdades, la pérdida de derechos sociales, y la re-mercantilización de pilares básicos del estado de bienestar (educación, sanidad, pensiones). Esta idea remitía por lo tanto a la experiencia concreta y cotidiana, a la vivencia individual y colectiva de un proceso continuado de extensión y profundización de la precariedad. Así, frente al discurso oficial, según el cual la crisis era el resultado directo de haber vivido ‘por encima de nuestras posibilidades’, un relato que buscaba activar los mecanismos de la culpa y la deuda, nacían los gritos ‘no es una crisis, es una estafa’, ‘no somos mercancías en manos de políticos y banqueros’, o ‘no hay pan para tanto chorizo’, que expresaban con afilada ironía los vínculos –los intereses compartidos– entre las élites políticas y económicas.

Un acierto fundamental de la convocatoria del 15M fue conectar estas dos dimensiones, la crítica a la democracia de baja intensidad y la crítica a las lógicas de precarización de la vida, y cruzarlas con la invitación al encuentro, a reapropiarnos de nuestras capacidades y a hacernos la pregunta ‘¿cómo queremos vivir juntos?’. Tanto el lema ‘toma la calle’ como la manifestación del 15M fueron una primera tentativa en ese sentido, pero donde este plano se desplegó en toda su riqueza fue en la fase inicial de las acampadas, en un proceso que fue tomando forma en la intersección de cuatro imágenes: el encuentro entre los cuerpos, la palabra compartida, las pasiones alegres y la cooperación entre singularidades.

A) *El encuentro entre los cuerpos*. Esta imagen es la más obvia de las cuatro; las fotografías de las plazas llenas de gente expresan esta idea con mayor claridad y contundencia que cualquier explicación que pueda ofrecer aquí. Desbordando un contexto marcado por la fragmentación, el individualismo y la dispersión, en las plazas se inauguraba la posibilidad de (re)crear el vínculo social. Sin esperar a ser convocados, quebrando el impasse, los cuerpos finalmente se buscaban, el clinamen se había activado, queríamos encontrarnos, conocernos y reconocernos, reapropiarnos del espacio público, habitar y construir juntos y juntas una ciudad que siendo la misma ya era radicalmente diferente a la del 14 de mayo.



Imágenes 2 y 3. Fotografías tomadas en Acampada Granada, en mayo de 2011. Fuente: propia.

B) La palabra compartida. La primavera de 2011 vino acompañada de un enorme estallido de palabras. Las calles y plazas se convirtieron en una gran conversación; las asambleas, los encuentros informales, los mil y un carteles diferentes que poblaban cada manifestación, la multiplicación de los relatos, las preguntas y propuestas que circulaban en todas las direcciones. Era un intercambio continuo, un laboratorio deliberativo, una escuela de democracia.

Por oposición al impasse, en el 15M las palabras brotaban con toda su fuerza desde la materialidad de la experiencia compartida. El criterio que sostenía la circulación de las mismas –sobre todo en los primeros días– no era la eficacia;

en las asambleas multitudinarias la conversación se movía durante horas entre múltiples registros: de la anécdota a la poesía, de la denuncia de un problema más o menos concreto al recuerdo emocionado, del agradecimiento por lo logrado a la propuesta de un nuevo grupo de trabajo. El deseo de hablarse y escucharse parecía no tener fin, y rompía de mil maneras diferentes el código de *lo que puede decirse*, reinventando colectivamente prácticas que “nos permitan quitarnos las sujeciones de palabra vacía que nos aplastan” (Guattari 1996, 119).

C) Las pasiones alegres. La euforia se situó en el centro del proceso, desencadenando la sensación compartida de que ‘juntos y juntas lo podemos todo’. El desplazamiento desde las pasiones tristes del impasse, hacia las pasiones alegres del acontecimiento fue una de las claves de aquellos días; recuerdo escribir a un gran amigo: *mucha gente fuimos a la manifestación del 15M con un cuerpo (el de siempre) y volvimos con otro diferente.*

Durante semanas se transformó nuestra cotidianidad, cambió el tono del aire, el 15M *lo llenaba todo*, las plazas se convirtieron en un espacio de colaboración y amistad entre muchísimas personas que no se conocían hasta ese momento, que tenían edades, saberes, lenguajes, trayectorias y situaciones vitales diferentes, pero que compartían lo que Lazzarato denominaba “un sentir conjunto, un «afectarse» conjunto” (2006, 127). El entusiasmo era contagioso, la apertura colectiva a la potencia del acontecimiento era fascinante: *ponerse en movimiento* a una escala desconocida para la mayoría de nosotros y nosotras. No se trataba ya de tener más o menos esperanza en la posibilidad de un futuro mejor, sino de habitar la certeza de estar construyendo en común un presente diferente.

D) La inteligencia colectiva, la cooperación entre singularidades. Frente al ‘sálvese quien pueda’ neoliberal, el 15M llenó las plazas y las calles de prácticas autoorganizadas de colaboración. La heterogeneidad hacía que los saberes se multiplicaran, construyendo ciudades dentro de cada ciudad. Al tercer día, en la acampada de Granada ya había biblioteca, punto de información, comisiones de trabajo, asambleas de cientos de personas con traducción simultánea a lengua de signos, guardería, sillas para quienes no podían aguantar mucho rato sentadas en el suelo, grupos de estudio, docenas de ordenadores conectados con las otras plazas, talleres de mil cosas, gente que hacía un periódico o un vídeo o pintaba carteles o limpiaba lo que se había ensuciado durante el día, otros grupos que preparaban la comida que la gente llevaba a la plaza... Cada cual aportando lo que sabía desde la generosidad y el placer de construir juntos y juntas. Las plazas se convirtieron en un laboratorio, un espacio de aprendizaje colectivo: escuchar, compartir, ceder, confiar, cooperar. El debate era constante; habrá quien diga que además era desordenado, incluso delirante a veces, y tendría razón, pero no puede haber una situación de desborde que no sea caótica. Las plazas no eran de nadie porque eran de todos y de todas.

3. Un espacio de *cualquiera*

En el cruce de las imágenes que acabo de detallar se construía un territorio singular, en el que veíamos emerger nuevas prácticas de acción colectiva, formas novedosas de pensar, construir y habitar lo político, nuevas figuras del común apenas reconocibles como movimientos sociales en el sentido clásico, difusas, pero que en el caso del 15M iban a expresarse a una escala multitudinaria.

La movilización del 15 de mayo remitía con fuerza, desde el inicio, a un imaginario y un lenguaje muy inclusivos⁴. Los lemas que circulaban eran transversales, no repetían *lo de siempre*, e interpelaban así a una comunidad abierta. Había múltiples puntos de enganche que podían activarse para gente con trayectorias y situaciones muy diferentes, porque los problemas eran compartidos (aunque eso no implica que nos afecten de la misma manera). Potencialmente *cualquiera* podía sentirse convocado por una protesta contra el bajo perfil de la democracia española, y *cualquiera* podía sentir que había que dar alguna respuesta a la creciente precarización de nuestras vidas. La movilización nacía así a partir de la politización de los malestares: la experiencia cotidiana y en primera persona (del singular y del plural) era la que alimentaba la protesta, y no los planteamientos ideológicos ni las identidades tradicionales de la acción colectiva. Y parece claro que ese carácter inclusivo funcionó, y las movilizaciones traspasaron totalmente el límite de los circuitos activistas; el 15M sucedió *por afuera* de los movimientos sociales organizados, pasó *por otro(s) lado(s)*. Esto no quiere decir que no hubiera militantes de largo recorrido implicados e implicadas en el proceso, tanto en la preparación de la manifestación como más tarde en las acampadas, pero –tomado en su conjunto– las redes y organizaciones de los movimientos sociales no jugaron un papel central en lo ocurrido. Especialmente durante los primeros días no fueron los y las activistas con mayor trayectoria quienes tenían el protagonismo sino –en su mayoría– gente sin experiencia política previa, mientras que muchos y muchas militantes caminaban por los márgenes de cada plaza mirando y escuchando, sorprendidos y sorprendidas ante lo que estaba pasando. El acontecimiento/movimiento 15M *era otra cosa*, y en mi opinión *fue posible justo porque era otra cosa*: un espacio abierto de encuentro, movilización y politización, lo social en movimiento más que un movimiento social al uso.

Como ya he mencionado, el 15M modificó el imaginario colectivo sobre *lo que es posible*, la gente se atrevía a más, y vimos socializarse discursos y generalizarse prácticas de desobediencia civil que hasta ese momento eran propias del activismo. Y sin embargo, y esto es lo que me parece fundamental recordar, directa o indirectamente el 15M señaló también con fuerza la crisis de las formas de hacer política de los movimientos sociales que habían venido actuando en los últimos años. No planteaba tan solo un cuestionamiento radical de la ‘vieja política’, sino también, y con la misma intensidad, una crítica profunda de los circuitos y las dinámicas auto-referenciales, las formas

⁴ Ver en: <http://www.democraciarealya.es/manifiesto-comun/> [consultado en abril de 2015]

organizativas, los discursos y las identidades propias de los movimientos sociales tradicionales. El 15M abrió procesos colectivos de búsqueda y ensayo de *otra política*, y priorizaba para ello la mezcla y el encuentro, la escucha y la colaboración entre diferentes, las comunidades abiertas, amplias y heterogéneas que den fuerza a los proyectos de transformación. Y desde ahí obligaba –como un espejo en el que mirarse– a reconocer los límites de las prácticas y los discursos más habituales (las inercias) en los circuitos activistas, que “convocan y acogen sobre todo a *otros activistas*” y que por lo tanto tienden a poner en marcha una dinámica que “*vacía los espacios comunes*” (Fernández-Savater 2012₁). El 15M desbordó –también– a los movimientos sociales, señaló su incapacidad para leer/escuchar lo que estaba sucediendo desde y contra el impasse, y produjo en cierto modo una crisis de sentido: ‘lo que queríamos que pasara ha pasado *sin nosotros*, entonces ¿qué estábamos haciendo?’ Y ésta es la pregunta que creo que los movimientos sociales deberían tener presente en este momento como punto de apoyo desde el que repensar sus prácticas⁵.

En cualquier caso, el proceso abierto en la primavera de 2011 marcó un antes y un después, multiplicando exponencialmente las movilizaciones y dando lugar a nuevos proyectos o vivificando otros que ya venían funcionando. La autoorganización devino sentido común, y vimos desplegarse y fortalecerse una multiplicidad de saberes y prácticas colectivas: las mareas ciudadanas en defensa de la educación y la sanidad públicas; las redes vinculadas a la economía social, cooperativas integrales, banca ética, trueque, monedas alternativas; los colectivos y redes contra los desahucios, destacando el papel de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH); las experiencias de ecología social, huertos urbanos, grupos de consumo autogestionados; los espacios de autoformación, librerías asociativas, editoriales alternativas; etc. De este modo, las iniciativas ‘desde abajo’ tomaban un protagonismo fundamental, marcando la agenda política en los meses posteriores al acontecimiento/movimiento 15M.

⁵ Obviamente no todos los movimientos sociales operaban en el mismo registro. Mi tesis doctoral fue una investigación sobre las lógicas y prácticas emergentes de acción colectiva en el periodo 2008-2012, trabajando con redes de movimientos que desplegaban prácticas más abiertas y experimentales. Esas lógicas, que antes eran minoritarias, en el 15M se convirtieron en el sentido común de la protesta. La tesis puede verse en: <http://hdl.handle.net/10481/34050>



Imagen 4. Fotografías tomadas en Barcelona, en junio de 2011. Fuente: propia.

4. No podemos

Sin embargo, tras estos primeros meses vertiginosos, el paso del tiempo fue demostrando que a pesar de estar sumido en una crisis de legitimidad sin precedentes en el periodo democrático, el sistema político mantenía la solidez necesaria para contener el desafío y el empuje de las iniciativas asociadas al 15M.

A finales de 2013, la sensación de impasse había retornado con fuerza. La situación no era idéntica a los meses previos al acontecimiento/movimiento 15M, esa vivencia y ese aprendizaje dejaron una huella profunda a nivel individual y colectivo; pero la percepción compartida era que había un cierre, un bloqueo del campo de posibilidades que se había abierto desde aquellas semanas singulares. El ruido mediático se imponía de nuevo a las conversaciones desde abajo, ni las pasiones alegres ni la inteligencia colectiva mostraban la misma intensidad, las preguntas ya no eran tan nuestras, y los cuerpos y las palabras circulaban de otra manera. Era como si la ley de la gravedad hubiera vuelto a imponer su orden; y en ese marco se reactivaba la tentación de repetir lo conocido: discursos, categorías y herramientas –formas de hacer- que generan cierto espejismo de seguridad. Insisto en que el escenario no era igual al que vivíamos antes del 15M; algunas experiencias, en especial la PAH, habían alcanzado un nivel muy notable de inteligencia, impacto, audacia y visibilidad, y en nuestras ciudades se continuaban impulsando nuevas experimentaciones. No paraban de crearse y ensayarse una multitud de ideas, proyectos y dispositivos, pero la sensación era que habían vuelto a situarse, en

su mayoría, al interior de las redes y circuitos activistas, desplazándose de nuevo a esos márgenes de los que habían conseguido salir. Y ahí reaparecía la lógica problemática de lo minoritario, la dispersión, los tics militantes, la tensión entre la apertura y el cierre, entre el adentro y el afuera de los movimientos sociales; una situación que –como sabemos bien- dificulta la capacidad de producir vínculo y comunidad política, y de imaginar y articular transformaciones reales.

Y al interior de este bloqueo, en el reflujo de un intenso ciclo de protestas que no habían logrado modificar los equilibrios de poder ni detener la gestión neoliberal y post-democrática de la crisis, es donde vimos emerger el fenómeno ‘Podemos’, aprovechando la ventana de oportunidad que ofrecían las elecciones europeas celebradas en mayo de 2014. No pretendo analizar aquí la irrupción ni las particularidades de este partido, esa tarea excede completamente el objetivo de mi reflexión; tan solo quiero subrayar algunas ideas que me parecen relevantes para pensar el papel de los movimientos sociales en la coyuntura actual, marcada por el desplazamiento del eje político hacia el campo electoral e institucional frente a las lógicas ‘desde abajo’ desplegadas tras el 15M.

En primer lugar, en una paradoja difícil de gestionar, el éxito de Podemos está directamente ligado al bloqueo de la potencia en las opciones de movimiento. Hay que situar la fuerza del fenómeno Podemos, por lo tanto, en un contexto atravesado por la constatación –la vivencia nítida- de haber llegado a una situación en la que los movimientos *no podemos*: no ha habido la capacidad para transformar la energía y el carácter innovador y multitudinario de las movilizaciones en cambios reales y concretos que modifiquen la situación abierta por la crisis.

En segundo lugar, es indiscutible –y hay que alegrarse por ello, y desear que siga siendo así- que Podemos ha sido capaz de alterar sensiblemente el escenario político, generando una gran ilusión de cambio entre sectores muy amplios de la población⁶, y logrando imponer en la esfera pública debates y narrativas que formaban parte destacada del acontecimiento/movimiento 15M. Los puntos de conexión en el plano discursivo son tantos que podríamos entender que se trata, en cierto modo, de *la continuación del 15M por otros medios*; pero el tránsito desde el ‘No nos representan’ que llenó las plazas en 2011, al ‘Sí se puede’ que busca llenar las urnas en 2014 y 2015 es un camino mucho más irregular –menos directo y menos obvio- de como se nos presenta a menudo. La lógica política de esos dos momentos es profundamente diferente; en el nuevo escenario no estamos hablando ya de los cambios *de abajo a arriba* que conforman el imaginario de los movimientos sociales, sino de un horizonte de conquista electoral del poder institucional –ganar las elecciones- para provocar cambios *de arriba a abajo*. En ese marco, es posible que Podemos tenga la habilidad política necesaria para capitalizar electoralmente tanto el

⁶ Esta producción de ilusión ha cambiado de escala con el resultado de las elecciones griegas, donde la victoria de Syriza hace posible imaginar una alianza entre este partido y Podemos, abriendo un escenario de potenciales transformaciones en el tablero político europeo.

desencanto generalizado como el horizonte de cambio abierto por el 15M, pero no es –no puede ser- la continuación del 15M (algo así como la representación de lo irrepresentable). Es *necesariamente* otra cosa.

En cualquier caso, no pretendo discutir aquí las bondades o los límites de su estrategia, o su ajuste o desajuste en relación al ‘sentido común’ del 15M. Lo que quiero enfatizar es que la fuerza con la que Podemos ha irrumpido en la escena política sitúa a los movimientos sociales en una posición de gran complejidad. Por un lado, porque hay una asimetría clara entre los actores; hoy el foco está completamente orientado hacia la opción electoral, y el resto de experiencias y procesos ocupan un lugar periférico, muy secundario, casi subordinado⁷, y el marcado descenso en el número e intensidad de las movilizaciones podría leerse como un síntoma de esta realidad. Y por otro lado, porque al interior de esa asimetría, Podemos considera que no necesita a los movimientos sociales (y no es atrevido decir que ni siquiera cree que sean un actor especialmente importante⁸) para el desarrollo de su estrategia de construcción de hegemonía y toma del poder. Aunque ha sido definido como “un nuevo tipo de partido, un partido-movimiento, o mejor, un movimiento-partido” (Santos 2014), lo cierto es que en su intento de articular una mayoría social que le permita gobernar, Podemos ha rebajado su discurso en relación a preocupaciones que son centrales para muchos movimientos sociales, como es el caso del decrecimiento, los feminismos o los derechos de los y las migrantes. Además, impulsado por el *tiempo de la urgencia* que impone el calendario electoral –y según palabras del propio Iñigo Errejón⁹- ha acabado situando el *qué* (los fines) por delante del *cómo* (los medios), una operación que casa mal con las exigencias de radicalización democrática planteadas en las plazas. Así, aunque la situación permanece abierta, mi hipótesis es que en el medio plazo vamos a asistir a una fricción creciente entre Podemos y las iniciativas de movimiento, y ya vemos aparecer algunas voces que expresan su preocupación en este sentido:

Frente a la reducción al cálculo cuantitativo que los procesos electorales imponen,

⁷ En esta línea, puede leerse el artículo publicado en septiembre de 2014 por Débora Ávila y Marta Malo ‘De los caminos para gobernar(se)’ en: <https://www.diagonalperiodico.net/la-plaza/23877-caminos-para-gobernarse.html> Por otro lado, hay que destacar las experiencias de profundización democrática municipalista en Barcelona, Madrid, Zaragoza, Málaga o A Coruña, entre otras ciudades, donde confluyen gran parte de los movimientos más activos en el ciclo abierto tras el 15M. Sus lógicas políticas difieren de las de Podemos, pero en la mayoría de los casos, incluso en las ciudades donde la experiencia es más consistente, es probable que el desarrollo final de estas iniciativas venga marcado por su asimetría de visibilidad y alcance fuera de los circuitos activistas con respecto al proyecto de Podemos.

⁸ Las declaraciones de Iñigo Errejón en este sentido al periódico Diagonal son significativas, sobre todo si pensamos que son realizadas en un medio de comunicación que nace desde los movimientos sociales y que es parte de los mismos: <https://www.diagonalperiodico.net/panorama/24573-estamos-orgullosos-la-oligarquia-espanola-tenga-miedo.html#comments> [consultado en abril de 2015].

⁹ Entrevista disponible en: <http://ctxt.es/es/20150115/politica/92/La-campaña-de-infamias-y-acoso-va-a-ir-a-más-España-Rebelión-en-la-periferia-sur.htm> [consultado en abril de 2015].

todo cambio social radicalmente democrático resulta siempre cualitativo e incontable. No deberíamos permitir que la cualidad de lo que venimos construyendo desde hace años en nuestros barrios o de lo que hemos vivido en las plazas de nuestras ciudades en los últimos tiempos se vacíe hasta diluirse en lo electoral. Si algo hemos terminado de confirmar en los últimos años es que la sociedad civil no necesita hacerse partido para devenir política. Pese a lo que algunos apuntan, la política no puede ser únicamente ganar y poder. Los medios deben ser en todo momento los que justifiquen los fines. Si la política no es ante todo una ética, nos habremos extraviado antes incluso de comenzar a caminar. (Murgui, Rivero y Lara 2014)

5. La memoria cargada de futuro

Ante ese escenario, ¿qué opciones de actuación tienen los movimientos sociales? Ni la subordinación ni el enfrentamiento con Podemos parecen posibilidades útiles ni con mucho recorrido; mejor poner el deseo, la inteligencia y las energías *en otro sitio*. De la misma manera, tampoco sería deseable un repliegue hacia las lógicas minoritarias, auto-referenciales e inofensivas previas a la primavera de 2011; no sirve de nada repetir los discursos y propuestas de siempre, no servía antes y no serviría ahora. ¿Qué hacer entonces para que la fragilidad no se convierta en desánimo, provocando un retorno hacia lo ya conocido?

En el intento de responder a esta pregunta es donde me parece fundamental convocar y sostener la memoria del 15M como propuesta eminentemente práctica. Como vengo señalando, este acontecimiento/movimiento marcó un antes y un después en el campo de la acción colectiva en nuestro país. Expresó un rechazo a la vieja política de los actores tradicionales (partidos, sindicatos, etc.), pero a la vez cuestionó muchos de los gestos presentes en las prácticas de los propios movimientos sociales, las formas y lógicas de funcionamiento de los circuitos activistas, y demandó un impulso colectivo por construir un estilo de trabajo diferente –*otra política*– que implicaba, necesariamente, salir de los entornos más militantes y tejer dinámicas de encuentro con otros sujetos. Así, podría afirmarse que el 15M empujó a los movimientos sociales más allá de sus propios límites, y que al hacerlo, paradójicamente, *volvió a poner a los movimientos en movimiento*.

La reflexión que se puede extraer de este proceso es la importancia central que tiene la experimentación continua en torno a los lenguajes, prácticas y modelos organizativos. No se trata de caer en el fetichismo de ‘lo nuevo’, sino de subrayar que hacer política desde abajo, desde los movimientos sociales, es (hoy y siempre) el arte –la artesanía, la inteligencia colectiva– de construir dispositivos que se adapten a la realidad. La capacidad de escucha es fundamental tanto para imaginar y producir herramientas capaces de provocar cambios, como para percibir el momento en el que dejan de servir y hay que repensarlas o inventar otras nuevas que funcionen mejor. Recordar hoy el 15M no es un ejercicio de nostalgia, sino una invitación a profundizar y expandir un estilo de trabajo abierto y experimental:

- que no pasa por identidades colectivas fuertes ni por posicionamientos ideológicos muy marcados, sino por aprender a cooperar entre diferentes sin negar las diferencias; producir ideas y vínculo social, trabajar en conexión con otros y otras sin que para ello haya que pensar igual, trenzar comunidades abiertas –más allá de los entornos y circuitos militantes- tomando la heterogeneidad no como un problema sino como punto de partida, horizonte y desafío;
- que no es un programa cerrado sino un estilo en construcción permanente, una política *sin manual*, de la vida cotidiana, desde y hacia la autoorganización, que *camina preguntando* para ampliar lo posible y lo pensable; “movimientos sociales que no son movimientos sociales” (Fernández-Savater 2012₂, 669), que se descentran como sujeto de enunciación, que más que decir *lo que hay que hacer* están atentos a lo que sucede en cada territorio, a los procesos vivos y encarnados en la gente, y desde ahí –en situación- se van reinventando a sí mismos;
- donde los vínculos que sostienen la acción se tejen, se producen y reproducen, en la materialidad de las prácticas y luchas concretas, cuando la gente se encuentra y se reconoce en torno a problemas y malestares compartidos. Es ahí donde se pueden producir conexiones, procesos de politización, nociones comunes y prototipos organizativos que permitan crear ‘comunidades de lucha’ más fuertes, ecologías de prácticas y saberes, dispositivos capaces de abrir y sostener proyectos colectivos, conquistar derechos y generar respuestas contra la precarización de la vida.

Más allá del escenario electoral de los próximos meses, el futuro se juega –como siempre- en la capacidad colectiva de construir, desde abajo y entre muchos y muchas, otros mundos más vivibles. Esta lógica de experimentación en torno a las formas de imaginar y hacer política, este estilo abierto, no auto-referencial, centrado en la autoorganización y la colaboración entre diferentes, es la memoria activa del 15M que podría servir a los nuevos protagonismos sociales en los tiempos que vienen. No se trata de intentar replicar lo vivido en aquella primavera, ese ejercicio no tendría sentido (el acontecimiento es, por definición, irrepetible). La tarea es apoyarse en las pistas que tenemos para responder de manera creativa al desafío –la crítica profunda- que el 15M planteó a los movimientos sociales: las cosas no se pueden seguir haciendo como antes, no hay (no debería haber) vuelta atrás en este cambio en las formas de hacer política. Y aquí la memoria no es nostalgia, sino la herramienta en la que sostener nuestros intentos de pensar, vivir y convivir de otras maneras.

Referencias

Badiou, Alain 2011. “Seminario «¿Qué significa cambiar el mundo?», Sesión del 25 de mayo de 2011”. Recuperado el 31 de marzo de 2015, de <http://blogs.publico.es/fueradelugar/files/2011/06/badiou.pdf>

Fernández-Savater, Amador 2012₁. “¿Cómo se organiza un clima?” Recuperado el 31 de marzo de 2015, de <http://blogs.publico.es/fueradelugar/1438>

Fernández-Savater, Amador 2012₂. “El nacimiento de un nuevo poder social.” *Hispanic review*, 4, 667-681. <http://dx.doi.org/10.1353/hir.2012.0038>

Garcés, Marina 2006. “Encarnar la crítica.” *EIPCP*, 6. Recuperado el 31 de marzo de 2015, de <http://eipcp.net/transversal/0806/garces/es/>

Guattari, Félix 1996. *Caosmosis*. Buenos Aires: Manantial.

Lazzarato, Maurizio 2006. *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*. Madrid: Traficantes de Sueños.

López Petit, Santiago 2011. “¡Que se vayan todos! Construyamos nuestro mundo”. Recuperado el 31 de marzo de 2015, de <http://laplazapiensa.blogspot.com.es/2011/05/que-se-vayan-todos-construyamos-nuestro.html>

Murgui, Nacho, Rivero, Jacobo, & Lara, Ángel Luis 2014. “Ganar la democracia, cambiar nuestras ciudades”. Recuperado el 31 de marzo de 2015, de http://www.eldiario.es/zonacritica/Ganar-democracia-cambiar-ciudades_6_285631453.html

Santos, Boaventura de Sousa 2014. “La ola Podemos”. Recuperado el 31 de marzo de 2015, de <http://blogs.publico.es/espejos-extranos/2014/12/08/la-ola-podemos/>

Sobre el autor

Alberto Arribas Lozano es miembro del Laboratorio de Estudios Interculturales de la Universidad de Granada. Doctor en Ciencias Sociales Aplicadas, su trabajo gira en torno a los movimientos sociales, las metodologías colaborativas de investigación, el estudio de las migraciones y la teoría decolonial. Aprendiz del ‘caminar preguntando’ zapatista, co-coordinó el proyecto ‘Diálogos entre Ciencias Sociales y Movimientos Sociales. Miradas, Preguntas, (Des)Encuentros’. Email: aarribas AT ugr.es